

OCTUBRE.

- 26 **Jués** Santos Evaristo papa y Floro mártires.
 27 **Viérnes** Stos. Frumencio ob. y Florencio y Vicente mrs.
 ① Cuarto creciente á las 9 y 13 m. de la mañana.—Lluvioso.
 28 **Sábado** Santos Simon y Júdas Tadeo apóstoles.
 29 **Domin.** San Narciso ob. de Gerena mr. † CRSA.
 30 **Lúnes** Santos Cenobio ob. mr. é Ignacio patriarca de Constantinopla.
 31 **Mártes** R. (Vig.) Stos. Nemesio mr. y Juan Capistrano.

NOVIEMBRE.—TIENE 30 DIAS.

EL DIA 21 SOL EN SAGITARIO.

Muy frio será este mes, principalmente hácia su fin, por las heladas que caerán.

- 1 **Miérc.** †* LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.—Desde la tarde de hoy hasta mañana puesto el sol se gana indulgencia plenaria visitando la Catedral, Colegiata y sus parroquias respectivas, y en la Enseñanza Antigua hoy y toda la octava.
 2 **Jués** La Commemoracion de los fieles difuntos y santos Eudoxio mr. y Marciano conf.—Hoy dicen los sacerdotes tres misas.
 3 **Viérnes** Santos Hilario mr. y Malaquías arzobispo, y el beato Juan Matías. † Jesus Nazareno.
 ② Luna á la 1 y 27 m. de la mañana.—Aparatos de agua.
 4 **Sábado** San Carlos Borromeo y santa Modesta vírg.
 5 **Domin.** San Zacarías y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.
 6 **Lúnes** Santos Félix mr. y Leonardo conf.
 7 **Mártes** Stos. Aquiles y Heroulano obs. y Nicandro mr.
 8 **Miérc.** Santos Severo mr. y Godofredo ob.
 9 **Jués** Santos Teodoro y Oréstes mrs. y el beato Martin de Porras.
 ① Cuarto menguante á las 10 y 11 m. de la noche.—Arrasante.

NOVIEMBRE.

- 10 **Viérnes** San Andrés Avelino conf., san Respicio y santa Ninfa mrs.
 11 **Sábado** Santos Martin y Aniano obispos.
 † Santiago Tlatelolco.
 12 **Domin.** EL PATROCINIO DE NUESTRA SEÑORA y santos Diego de Alcalá y Emiliano presb.—Juhileo de 40 horas en san Diego, y en la Colegiata celebra la funcion á María santísima de Guadalupe su venerable cabildo.—Funcion solemnísimá á María santísima de Covadenga en santo Domingo: en la Santísima funcion é indulgencia plenaria.
 13 **Lúnes** Santos Homobono conf. y Estanislao de Kostka.
 14 **Mártes** Santos Laurencio ob. y Serapion mr.
 15 **Miérc.** Santos Eugenio arzobispo y Maclovio obispo.
 † Colegio de San Pablo.
 16 **Jués** Santa Gertrudis vírgen y san Edmundo obispo.
 17 **Viérnes** San Gregorio Taumaturgo ob. y santa Victoria mártir.—Funcion en Catedral.
 18 **Sábado** Santos Hesiquio mártir y Odon abad.—Funcion en la Santísimas.
 ① Conjunction á las 4 y 23 m. de la mañana.—Aire frio.
 19 **Domin. M.**—San Ponciano papa mr. y santa Isabel reina de Hungría. † Santuario de la Piedad.
 20 **Lúnes** Santos Félix de Valois y Edmundo rey.
 21 **Mártes** LA PRESENTACION DE MARIA SANTÍSIMA y san Mauro obispo.—Funciones en santa Catalina de Sena, san Lorenzo, ambas Enseñanzas y santuario de los Angeles, é indulgencia plenaria en las iglesias de dominicos, carmelitas y mercedarios.
 22 **Miérc.** Santa Cecilia vírgen y san Filemon mártires.
 23 **Jués** San Clemente papa mr. y santa Lucrecia vírg.
 † San Cosme.
 24 **Viérnes** Santos Juan de la Cruz y san Crisógono mr.—Funcion é indulgencia plenaria en ambas Teresas.
 25 **Sábado** Santa Catarina vírg. y san Brasmo mrs.—Fun-

cion titular en la parroquia de la primera, y absolucion en el Sagrario.

- ① Cuarto creciente á las 8 y 22 m. de la noche.—Heladas.
 26 Domin. Los Desposorios de Sr. S. José con María santísima, y san Conrado ob. mr.—Funciones en Catedral y santa Teresa la Antigua, é indulg. plen. en las iglesias de carmelitas.—Fiesta de los naturales en Guadalupe.
 27 Lunes Santiago y san Basilio mrs.
 ✚ Belén de Mercedarios.
 28 Martes Santos Sóstenes y Estéban el Menor mrs.
 29 Miérc. Santos Blás, Demetrio y Saturnino ob. mrs.—Funciones al Santísimo Sacramento en Catedral y la Colegiata.
 30 Juéves San Andrés apóstol.

DICIEMBRE.—TIENE 31 DIAS.

EL DIA 21, SOL EN CAPRICORNIO.—INVIERNO

Vientos constipantes reinarán en este mes que ocasionarán recias heladas.

- 1 Viérnes S. Eligio ob. y santa Natalia viuda.—Funcion de los plateros en Catedral. ✚ Capilla del Consuelo.
 2 Sábado Santa Bibiana virgen y san Genaro mrs.
 ✚ Se cierran las velaciones.
 ① Llena á las 12 y 8 m. del día.—Nebinoso.
 3 Domin. (1º de Adviento.) San Francisco Javier.—Funcion en la Santa Veracruz, la Profesa y otras iglesias, é indulg. plen. en todas las que se celebre este santo.—Los domingos de Adviento hay vespertino en la Profesa.
 4 Lunes Santa Bárbara virg. mr. y san Melesio ob.
 5 Mártes San Sabás abad y santa Crispina mr.
 ✚ San Lázaro.
 6 Miérc. S. Nicolás ob. y santas Leoncia y Dionisia mrs.—Funciones en Sta. Teresa la Nueva y Colegio de Nifas.
 7 Juéves San Ambrosio arzobispo y doctor.

- 8 Viérnes N. T. †* (Vig.) LA PURÍSIMA CONCEPCION DE MARIA SANTÍSIMA, patrona principal de la naci6n.—Funciones muy solemnes en casi todas las iglesias de Méjico, especialmente en la Concepcion, san Diego y san Fernando: de las dos primeras iglesias salen por la tarde procesiones: indulgencia de Bermeo y plenaria en las iglesias de dominicos, franciscanos, carmelitas y mercedario.
 9 Sábado (Vig.) Sta. Leocadia virg. mr. y san Próculo ob.
 ✚ Merced de las Huertas.
 ① Cuarto menguante á las 5 y 37 m. de la tarde.—Nebuloso y frio.
 10 Domin. (2º de Adviento.) La Traslacion de la santa Casa Loreto, y san Melquiades papa.—Funcion en Loreto.—Fiesta de los Desagravios.
 11 Lunes Santos Damaso papa y Franco de Sena.—Indulgencia plenaria en Corpus-Christi hoy y mañana.
 12 Mártes N. T. †* LA MARAVILLOSA APARICION DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE, y san Donato mr.—Funcion solemnísima é indulgencia plenaria desde hoy hasta el día 20 en la Colegiata: funciones en Catedral, ambas Enseñanzas y casi todas las demas iglesias de Méjico.
 13 Miérc. Santas Lucía virgen mr. y Otilia virgen.
 ✚ Campo Florido.
 14 Jueves. Santos Espiridion y Nicasio obs.
 15 Viérnes (Vigilia.) San Lucio y santa Cristiana esclava mrs.—Octava de la Purísima Concepcion: funcion solemne en su iglesia y procesion por la tarde en san Fernando.
 16 Sábado (Vigilia.) Santas Adelaida emperatriz y Albina virg. mr. y san Eusebio mr.—Comienzan hoy las misas de Aguinaldo y las Posadas.
 17 Domin. M.—(3º de Adviento.) San Lázaro ob. mr., el mismo á quien Jesucristo resucitó en Betania, y santa Olimpiada viuda.
 ✚ San Fernando.
 ① Conjunction á la 10 y 9 m. de la noche.—Viento helado.
 18 Lunes LA ESPECTACION DE LA VIRGEN SAN-

- TISIMA, ó NTRA. SEÑORA DE LA O, y san Ausencio ob.—Funcion muy solemne en Catedral.
- 19 Mártes Stos. Darío y Timoteo diác. mrs. y santa Fausta viuda.— Oct. de Ntra. Sra. de Guadalupe: funcion muy solemne en su sant., y titular en la Enseñanza Nueva.
- 20 Miérc. (Témporas.) Santos Julio mr. y Filogonio ob.— Jubileo de 40 h. en Balv. en honor de los santos Peregr.
- 21 Juéves Santos Tomás apóstol y Temístocles mr.
 † Colegio de las Vizcainas.
- 22 Viérnes (Témporas y vigilia.) Santos Demetrio y Flaviano mártires.
- 23 Sábado. † (Témporas y vigilia.) Santa Victoria vírg. y san Mardonio mrs.
- 24 Domin. (4º de Adviento.) Santos Eutimio mr. y Delfino ob.— Calenda muy solemne en Cated. y otras iglesias.
- 25 Lúnes †† (Pascua.) LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.—Hoy dicen los sacerdotes tres misas.—Indulgencia plenaria por cuatro dias en los Belemitas. † Santuario de los Angeles.
- ⊙ Cuarto crec. á las 5 y 55 m. de la mañana.— Aparatos de agua.
- 26 Mártes (Pascua.) Santos Estéban proto-mártir y san Marino mártir.
- 27 Miérc. (Pascua.) San Juan apóstol y evangelista.
- 28 Juéves. Los santos Inocentes mrs. y san Eutiquio presbítero mr.— Funciones que en Catedral y la Colegiata hacen los niños infantes del coro.
- 29 Viérnes Stos. Tomás Cantuariense arzob. y Crescencio confesor, y el santo rey y profeta David.
 † Cap. de S. Francisco Javier en la Santa Veracruz.
- 30 Sábado Santos Sabino ob. y Venustiano mártires.
- 31 Domin. R.—San Silvestre papa y santa Hilaria mr.— Funcion muy solemne por la noche en el Sagrario y otras iglesias, en accion de gracias al Todopoderoso por los beneficios recibidos en el año.
- ⊙ Llena á las 12 y 11 m. de la noche.— Heladas.

EL
AVANTE PRESTADO.

COMEDIA EN UN ACTO,
 traducida libremente del francés.

FOR
 MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

ACTORES.

Luisa	Bartolo
El conde del Manzano.	Andrés
Paulins	Caballeros
D. Onofre	Señoritas

La escena es en una casa de campo.

ACTO UNICO.

El teatro representa un jardin. A un lado un pabellon: en el fondo, á la izquierda, un bosquecillo.

ESCENA I.

Don Onofre y Andrés.

Don Onofre.— Haz lo que te digo y déjate de reflexiones; ya sabes que la señorita manda en jefe.

Andrés.— Pero, señor mayordomo, ¡hay conciencia para eso! ¡Hacerme arrancar los sauces para ensanchar la gloria, porque se le ha puesto en la cholla que el baile ha de ser allí!

Don Onofre.—¿Y á tí, qué te importa? El señor baron, nuestro amo, no tiene mas hijos que la señorita Luisa, y quiere darle gusto en todo y por todo: haz tú lo mismo y no te metas en camisa de once varas.

Andrés.—Bien está [¿Pues no podían bailar en la punta de un cuerno?]

ESCENA II.

D. Onofre.

¡Miren cómo vuelve por los intereses de la casa! ¡Habrá borríco!.... Eso es no tener idea del servicio. ¡Hola, Bartolillo el arrendador!

ESCENA III.

Don Onofre y Bartolo.

Bartolo.—Buenos dias, don Onofre.

Don Onofre.—¿Cómo te ha ido en Ocaña? ¿has hecho negocio?

Bartolo.—¡Eh! no se ha perdido el viaje. He comprado algunas bestias.... Ganado sano, robusto.... A propósito, ¿cómo va de salud, don Onofre?

Don Onofre.—Vamos pasando: ¿y tú?

Bartolo.—Yo siempre bueno y contento.

Don Onofre.—Lo creo. No conozco á un pícaro mas feliz que tú. Joven, nada feo, rico.... porque tu padre al morir te dejó bien acomodado, y luego.... ¿Cómo no has pensado todavía en casarte? Todas las muchachas de la aldea deben suspirar por tí.

Bartolo [riendo].—¡Ah... ah!.... Me agasajan, me

miman, se pírran por bailar conmigo.... pero yo digo para mi saco: ¡guarda Bartolo! que hay madres de por medio y casan á un cristiano si se descuida un poco.

Don Onofre.—Pero hombre....

Bartolo.—Nada, nada. Siendo su amante me rio de ellas, y si fuera su marido.... se reirian ellas de mí. La verdad, señor mayordomo, yo no amo á nadie; tengo esta felicidad, pero no me opongo á que me amen á mí.

Don Onofre.—Ya, tú te dejas querer.

Bartolo.—Y así tengo donde elegir.

Don Onofre.—Te veo hablar muy amenudo con Paulina, la hija de Fabian, el difunto jardinero.... Esa simplecilla que el baron conserva en su casa por caridad. ¿Es tu consejera?

Bartolo.—Yo le diria á usted. Hablo con ella... así... cuando la encuentro, porque es ahijada de mi tia Gregoria, amén de eso tiene á veces unas ideas.... y como esto es lo único que á mí me falta....

Don Onofre.—Ya.

Bartolo.—Ayer, por ejemplo, me dió una que no pienso echarla en saco roto, como dice el otro.

Don Onofre.—¿Cosa de boda?

Bartolo.—Algo mejor. Cosa de aumentar mi fortuna; y eso es precisamente lo que me trae por acá. Dígame usted, don Onofre, ¿hay mucha gente en la quinta?

Don Onofre.—¡Toma! Todos los propietarios de la comarca; todos los aspirantes á la mano de la señorita, que se relevan muy á menudo, con sus primas, sus hermanas....

Bartolo.—¿Y aun no se ha decidido doña Luisita?

Don Onofre.—Quiere escoger.... como tú. Dice el refran: Antes que te cases, mira lo que haces, porque los amantes se pueden mudar, pero un marido es irredimible. Hoy es el dia que se ha fijado para la eleccion; pero á pe-

zar de las instancias del amo, que por razon de su gota y sus sesenta y cuatro del pico tiene prisa de establecerla, la señorita pasa sus dias en aburrir á los pretendientes con sus caprichos y sus extravagancias.

Bartolo.—¡Qué diablura!... Pues se dice que entre esos señoritos hay uno que le parece mas amable que los otros.

Don Onofre.—Sí, el conde del Manzano, hijo de un antiguo amigo del barón... ¡Oh! sí, es jóven, de talento, fino, buen mozo....

Bartolo.—Y tiene una hermosa hacienda, que está vacante, segun me há dicho Paulina.

Don Onofre.—A pesar de sus buenas prendas, dudo mucho que sea preferido.

Bartolo.—¿Por qué?

Don Onofre.—Porque, segun dice la señorita, tiene ideas un poco rancias... Figúrate tú, quiere que las mujeres vivan sometidas á sus maridos.

Bartolo.—Quiere muy bien.

Don Onofre.—Así es que no se presta mucho á las humoradas de la señorita.

Bartolo.—¡Qué diantre! Pues yo quisiera que el conde fuese el elegido.

Don Onofre.—¿Le protejes tú?

Bartolo.—Quiero que me proteja él á mí, que viene á ser lo mismo. Me vendrian muy al caso que me diese en arrendamiento su hacienda del Nogueron, que está cercuita de aquí. ¡Caramba! si me la da, ¿quién me tose á mí? Entonces sí que podré escoger entre las mas estiradas.

Don Onofre.—¿Pues no es ambicioso el niño que digamos!

Bartolo.—Vaya, don Onofre,.... hable usted por mí.... Tengo en casa un soberbio pellejo de moscatel.... ¡Eh! ¿acomoda?...

Don Onofre.—Calla, hombre; no hables tan alto. Aun-

que tú no me hicieras ese obsequio, siempre mi amistad.... Es muy buen muchacho este Bartolo.

Paulina [dentro].—¿Don Onofre? ¿Don Onofre?

Don Onofre.—¡Chist!... Paulina viene.

ESCENA IV.

Dichos.—Paulina trae una cesta con flores.

Paulina.—¿Don Onofre?

Don Onofre.—¿Qué hay de nuevo?

Paulina.—Venga usted corriendo. Hace una hora que le busco para decirle.... ¡Ah, que aquí está Bartolito!

Bartolo.—Buenos días, Paulina.

Don Onofre.—Para decirme.... ¿Qué? Vamos.

Paulina [mirando á Bartolo].—Sí.... para decirle á usted.... ¿Estás bueno, Bartolito?

Don Onofre.—Para decirme... ¿No acabarás?

Paulina.—Por vida de... se me ha olvidado. Venha, venha.... ¡Qué buen semblante tiene esta mañana Bartolo!

Don Onofre.—El demonio de la tonta está con su Bartolito.... Ni siquiera sabe dar un recado.—¿Es cosa del desayuno?

Paulina.—Sí, eso es. Están almorzando, y les falta no sé qué.

Don Onofre.—Vino: aquí tengo la llave de la bodega. Voy corriendo.... [aparte á Bartolo] Haré que hables despues con el conde.

Paulina.—Vamos, despache usted que hay convidados.

Don Onofre.—Voy, voy: les daré el mejor vino....

Paulina.—Pues; del que usted bebe.

Don Onofre.—Miren la tontuela..... Hasta luego.

ESCENA V.

Bartolo y Paulina.

Paulina.—¡Tontuela! ¡Habrás zamacuco? ¡Así me tratan todos.... menos Bartolo. A lo menos él no me dice cosas desagradables. Es verdad que nunca me habla: ahora, por ejemplo, pregunto yo, ¿en qué estará pensando?... si es capaz de pensar en algo. [acercándose] ¡Bartolito!

Bartolo [con indiferencia].—¡Ah! ¿estás aún por aquí, Paulina?

Paulina.—[¡Qué! ¡sí, muy amable!—Acercándose mas.] Sí, aquí estoy. Te preguntaré.... ¿qué estás hay maquinando entre tí?

Bartolo.—¡Ah.... estoy pensando.... en la taberna de la tía Colasa, donde he almorzado esta mañana.

Paulina.—¡Gran motivo para cabilar!

Bartolo.—Figúrate tú que todos los amigos me han estado quemando la sangre.—¡Por qué no te casas, Borriol!—Tienes dinero, nadie te manda....—Cásate, avestruz.—Tú puedes hacer feliz á una honrada muchacha.

Paulina.—¡Pues! lo que te estoy aconsejando hace mucho tiempo.

Bartolo.—Y esa es mi intencion. Así que me den la hacienda del Negueron, me caso.

Paulina.—Pero tú no necesitas de la hacienda del Negueron para casarte.

Bartolo.—Sí tal, que por mucho trigo nunca es mal año; y cuando uno carga con obligaciones.... Por otra parte, tú eres la que me has hecho pensar en esa hacienda.

Paulina.—Ya; pero no debes descuidarte en elegir esposa. Mientras tú pasas el tiempo haciendo calendarios, las mozas se casan y te vas á quedar hecho un mochuelo.

Bartolo.—¡Pues es que tiene razon! Con esto de las quintas va habiendo escasez de mozas en el lugar.

Paulina.—¡Oh!.... (componiéndose) todavía se encuentran.... si se buscan bien.

Bartolo.—¡Eh! ¡Qué sé yo!.... Véamos, Paulina: cuál te parece que me puede convenir mejor?

Paulina [con timidez].—¡Qué quieres que te diga yo? Alguna que sea amable.... bonita....

Bartolo.—Sí, sí; una que me haga honor.

Paulina.—Una que sea cariñosa, dulce.... Porque tú eres muy vivo, aunque no lo manifiestas.

Bartolo.—¡Oh! muy vivo.

Paulina.—Una que te cuide, que te quiera mucho.

Bartolo.—Y no me la pegue.

Paulina.—No; mejor es una que esté alerta para que no te la peguen los demas.... porque tú eres un poco simple.

Bartolo.—¡Oh! sí, tengo trazas de eso.... pero soy muy ladino.... aunque no lo manifiesto. ¡Ah! dime: la Petronila....

Paulina.—¡Quita allá! ¡Te parece bien ese escuerzo?

Bartolo.—Pero....

Paulina.—Tan magra, tan larguirucha, tan destartada. ¡Si parece un estandarte!

Bartolo.—Verdad es que no es tan guapa como la Simona.

Paulina.—¡Oh! esa sí que es bonita.

Bartolo.—Cuando yo digo....

Paulina.—Pero á todos les hace cara.

Bartolo.—¡La Simona?

Paulina.—No hay mas que verla los domingos. ¡Cómo se acicala! ¡cómo hace el pavo real!.... Y nunca la he visto bailar dos veces con uno mismo.

Bartolo.—A bien que no dirás de eso Toribia, la hija del albeitar.

Paulina.—¡Bella muchacha! y tan bondadosa.... pero cojea del pié derecho.

Bartolo.—¿Qué me cuentas? Pues cuando está sentada no se le conoce la cojera.—¿Y qué me dices de Juliana?

Paulina.—¡Hum! Mala lengua.

Bartolo.—¿Y Telesfora?

Paulina.—Está opilada.

Bartolo.—¿Y Celestina?

Paulina.—Te lleva diez años.

Bartolo.—¿Y Antonia?

Paulina.—No está vacunada.

Bartolo.—¿Y Bárbara?

Paulina.—Se casa con Silvestre.

Bartolo (rascándose la oreja).—¿Voto va!.... Pues ya hemos pasado revista á todo el lugar.

Paulina.—(¡Dios mío!) ¿Está ciego este hombre?

Bartolo.—Como no eche mano de las viudas.... ¡Ah, qué bestia soy!

Paulina [con alegría].—(Ya ha caldo en la cuenta.)

Bartolo.—Aquí en la aldea no hay cosa de provecho...

Paulina.—(¿Y quiero yo á este topo!)

Bartolo.—Pero mañana es día de mercado: vendrán las muchachas de estas cercanías, y entre ellas elegiré. A porfía me rendirán su corazón.

Paulina.—Si no le han dejado en su pueblo.

Bartolo.—Bien puede ser, porque en todas partes.... (mirando adentro) Pero ya sale al jardín la señorita con su tertulia. Voy á buscar al mayordomo para que me presente al señor conde: no me despido, Paulinita; si encuentro mi avío te he de regalar una saya.

ESCENA VI.

Paulina.—¡Hum! ¡Qué hombre! Yo creo que estoy dando. ¡En todas piensa menos en mí! ¡Y me viene á pedir consejos, á mí, que le quiero tanto tiempo hace, y tan de corazón! ¡Qué desdichada soy! ¡Nadie hace caso de Paulina, nadie se acuerda de la pobre jardinera! Esos pícaros hombres solo codician las mujeres ajenas, y como yo no pertenezco á nadie.... Pues no me parece que soy tan fea. ¡Ah! yo me vengaría de vosotras las que me miráis con tanta arrogancia: yo tendría veinte novios por falta de uno; sí, veinte novios.... si alguno se atreviera á serlo para animar á los demás. ¡Ah, Dios mío! Ya están aquí los señores y aun no están hechos mis ramilletes.—Sí, para ramilletes estoy yo. (Toma el canastillo y entra en el pabellón.)

ESCENA VII.

Luisa, el conde, caballeros, señoritas: luego Paulina.

Luisa.—¿Y ahora, en qué pasamos la mañana, amiguitas?

Conde.—¡Iremos á traer los chales y las sombrillas!

Una señorita.—Yo no sé quién habló de hacer una espedición borricamente hacia las viñas. ¿Qué te parece, Luisa?

Luisa.—No, no. ¡Qué tonta diversion! á lo mejor se apea uno por las orejas.

Conde.—Pues usted ha sido quien lo ha propuesto.

Luisa.—Bien puede ser.... pero mi padre está atacado de la gota, no se moverá del salón y yo no puedo dejarle.

Todos.—Tiene razón.

Un caballero.—Pues vámonos á la sala de la chimenea.

Luisa.—¡Jesus! hace un calor!

Una señora.—A la pradera.

Todos.—Sí, sí; á la pradera.

Luisa.—Hay mucha humedad: por lo demas, ya sabeis que yo deseo daros gusto.

Conde (con sofama).—Pero ya se ve, todo cansa.... ¿Á qué fin pensar en divertirnos, cuando es mucho mas sencillo el fastidiarnos?

Luisa.—Eso es; basta que se quiera hacer algo, para que el señor conde se oponga á ello.

Conde.—Yo señora....

Luisa.—Si es espíritu de contradicción. No hace mucho que hablándose de mi primo Casimiro, que se va á casar con la hija de un cualquiera, con una oscura labradora, tuvo yo la desgracia de declamar contra un casamiento tan estragante; y el señor, solo por llevar la contraria, ha perorado en la defensa de mi primo, y ha sostenido que nada es dueño de sus inclinaciones, y que siendo la novia bonita y amable....

Conde.—Permítame usted....

Todos.—Lo ha dicho, lo ha dicho. (Sale Paulina del pabellon y se queda á un lado, triste y pensativa.)

Conde.—Poco á poco. He dicho que es muy disculpable el hombre que estando muy enamorado, no sacrifica su felicidad á una nécia preocupacion. Si usted me hubiera dejado acabar....

Luisa.—¡Silencio! Es usted insoportable. No hay medio de disputar con usted. Venid, niñas. Pero que veo.

Una señora.—¡Preciosa muchacha!

Luisa.—Es mi jardinera.—¿Qué tienes, Paulina?

Paulina.—No haga usted caso, señorita: (entre sollozos) estoy llorando.

Luisa.—Y por qué?

Conde.—No es difícil adivinarlo. Cuando llora una muchacha....

Luisa.—Siempre tiene algun hombre la culpa.—Te ha dado tu amante alguna pesadumbre?

Paulina.—Ojalá!.... Pero eso no es posible.

Luisa.—¿Cómo?

Paulina.—Porque no le tengo.

Luisa.—¿No tienes amante?

Paulina.—No, señora.

Luisa.—¿Y por eso lloras?

Paulina.—¡Digo! Si le parece á usía que no es bastante motivo para llorar....

Todos.—¡Es posible!

Paulina.—Triste de mí; yo soy quizá la única en el país que no tiene quien la quiera, ó á lo menos quien se lo diga. Y aun si la culpa fuese mia.... Yo hago todo lo posible por parecer bonita; me engalano cuanto puedo, me miro sin cesar al espejo, soy afable y cariñosa.... pero nada, no hay un zagal que me diga: buenos ojos tienes.

Un caballero.—¡Deliciosa criatura!

Luisa (sonriéndose).—Conque nadie te quiere!

Conde.—Eso es una infamia.

Paulina.—Una injusticia que clama al cielo. ¡Hay tantas que tienen dos novios!

Conde.—¡Calla! ¿tambien en la aldea?

Paulina.—Todo el mundo es país. Sin ir mas lejos, ahí está la señorita, que lleva cinco ó seis al reticero. Eso es hacer mala obra á las otras: ¡caramba! eso es quererlo todo para sí.

Conde.—Y tiene mucha razon.

Luisa.—¡Calle usted! ¡De veras? Pues bien, voy hacer algo por ella.

Paulina (vivamente).—¡Me va usted á dar uno!

Conde (riendo).—¡Bueno fuera!

Paulina.—¡Toma! los ricos deben socorrer á los pobres.
Luisa.—Mira, Paulina; yo no te puedo dar un amante ó propiedad, que soy demasiado interesada para ello.... pero te puedo prestar uno.

Todos.—¡Cómo!

Conde.—Algún capricho de los suyos.

Paulina (saltando de gozo).—¡Ay, qué gusto! ¡qué alegría! Con eso me contento. Tenga yo uno, aunque sea provisional, que ese me servirá de aliciente para otros.... Prometo volvérselo á usía escrupulosamente, que soy muchacha honrada.

Luisa.—No lo dudo, Paulina. Ea pues, todos estos señores me galantean; míralos bien y escoge el que mas te agrade.

Paulina.—¡Sí?... (Después de haber examinado á todos, señala al conde.) Pues.... este.

Todos (con bulla y palmoteo).—¡Bravo! ¡Bravo!

Luisa.—(Excelente ocasion para vengarme de él.) Amigo mio, le mando á usted hacer la corte á esa jóven por espacio de dos horas.

Conde.—¡A Paulina?

Paulina (palmoteando).—Ya tengo uno, ya tengo uno.

Luisa.—El objeto no puede desagradar á un hombre tan filantrópico y tan despreocupado como usted.

Conde (pasando al lado de Luisa).—Pero no considere usted.... Esa broma....

Luisa.—No hay aquí broma: usted es el galán de Paulina por dos horas. Vamos, señor conde, sea usted muy obsequioso, muy tierno.... muy sumiso sobre todo. Pero lo que hace á eso, aun tiene usted algo que aprender. Tendrá mucho gusto en que otra perfeccione su educacion.

Conde.—¡Ideá mas estrambótica!.... (No; yo no me someto....)

Luisa (aparte al conde).—¡Cuidado, que hoy es cuando voy á elegir marido!—Quiero ver cómo me prueba usted su obediencia; si se rebela usted, queda escluido.

Conde.—Pero, Luisa, es posible.... Oiga usted....

Luisa.—Nada oigo.

Conde.—Cómo quiere usted que....

Luisa.—Basta; yo lo exijo.

Conde.—Obedezco.

Luisa (á las señoras).—Está desesperado.—(Al conde.) Ah! le dejo á usted con su dama.—(A las señoras.) Vamos, vamos nosotros á pasear.

Todos.—Vamos.

ESCENA VIII.

El conde y Paulina.

Conde.—(Vaya, que al diablo no se le ocurre.... Ah! si no la amase como un loco....)

Paulina.—(Vaya si es buen mozo mi amante!)

Conde.—(Mientras me impone tan ridícula condicion, mis rivales la van á hablar de su amor. ¡Digo! Para que se descuide don Federico.... ¡Qué boboso! ¡qué fatuo! No le puedo sufrir.)

Paulina.—(Tengo curiosidad de ver cómo enamoran los condes: lindas cosas me va á decir.)

Conde.—(Tentado estoy por dejar aquí á esta zagala y volverme.... Oh! Luisa no me lo perdonaría jamás.)

Paulina.—(¿A qué espera su señoría?... Nada; no hace caso de mí.) Señor conde....

Conde (sin mirarla).—Bien, Paulina.... bien....

Paulina.—¡Ni una mirada! Esto ya es demasiado. (picada) Mira usía que estoy aquí; si no se porta mejor, ire á quejarme á la señoría.

Conde.—¿Lo dices de veras?

Paulina.—Sí, señor. ¡Vaya, que es mucha fatalidad la mía! Ni siquiera me dicen amores los que tienen obligación de hacerlo! Ahí se está como un poste, mudo, yerto, distraído.... Amantes así, en la aldea los tengo de sobra.

Conde (sonriéndose).—(Dice bien... y mejor será tenerla de mi parte.) Dios te guarde, Paulinita.

Paulina.—Eso ya es otra cosa. Le han mandado á usía que sea tierno y amoroso.... Venga usía aquí.... cerca de mí....

Conde.—(No la había yo mirado bien: como soy que es una perla la muchacha.) Paulina, supuesto que somos amantes, debe reinar entre los dos una confianza sin límites. Vamos á ver: ¿no tienes otro amante mas que yo?

Paulina.—¡Ah!

Conde.—No mientas, que te puede pesar; yo cesaré pronto de ser tu amante, y puedo ser siempre tu amigo.

Paulina.—¿Qué diantre de pregunta! pero me parece usía tan bueno, que haría mal en engañarlo.

Conde.—Perfectamente. ¿Conque tienes un amante?

Paulina.—Es segun. ¿Qué entiende usía por eso? ¿Uno que nos ama, ó uno á quien amamos?

Conde.—Uno que nos ama.

Paulina (suspirando).—Pues entonces no tengo ninguno. Solo yo pienso en él, señor conde; él no se acuerda de mí.

Conde.—¿Es posible!

Paulina.—¿Qué quiere usía? no soy rica, y por eso me desprecia; las pobres no tenemos permiso para ser amables.

Conde.—(Es tan interesante como linda.) Dime: ¿quién quieres mas, á ese jóven ó á mí?

Paulina (cortada).—Yo, señor.... El es tontuelo, y usía muy discreto; él es rústico, y usía cortesano; él huele á co-

bolla, y usía á rosas y claveles.... Pero si él me dijera: "¿Me quieres?" con nadie de este mundo sería yo mas dichosa.

Conde.—¡Pobrecilla! (¡Ah, si Luisa pensase como ella!)

Paulina.—¿Se ha enojado usía porque he dicho lo que siento?

Conde.—A la verdad, es muy desagradable para mí el pensar que prefieras á otro.

Paulina.—Oh! sí, eso aflige mucho. ¿no es verdad? Usía lo sabrá ya por experiencia, usía que quiere tanto á la señorita Luisa y ahora está lejos de ella. Casi, casi siento ya haber elegido á usía porque no me gusta hacer penar á nadie. Si usía quiere, me retiraré y le dejaré en libertad.

Conde.—No, no; tú mereces que se interesen por tí, y ya que me has dado la preferencia, estoy obligado á protegerte, á asegurar tu dicha.

Paulina.—Es difícil.

Conde.—No tanto como piensas. Se puede curar la indiferencia de tu novio; y si ese no se ablanda, no faltará otro.... (Vamos, si es hecbicera!) no te aflijas, Paulina, que á una niña hermosa nunca pueden faltar consoladores.

Paulina.—¿Sí?

Conde.—Yo mismo te ofrezco serlo.

Paulina.—Gracias por tanto favor.

Conde.—Y para darte una prueba de mi cariño. (La abraza.)

Paulina.—Eh! ¿Qué hace usía?

Conde.—Desempeñar el empleo que me han dado.

Paulina.—¿Pues no me está abrazando! y yo tan simpóna que me estoy quieta!

Conde (viendo á Bartolo).—Hum! ¿quién viene?

ESCENA IX.

Dichos, don Onofre y Bartolo.

Bartolo (se detiene admirado).—Perdone usía.

Paulina.—(Es Bartolo.)

Conde.—¿Qué se ofrece?

Bartolo (desconcertado).—Si incomodo á usía.

Don Onofre.—Este muchacho es Bartolomé Garrido, arrendador del señor baron; desea hablar con usía sobre la hacienda del Nogueron; quisiera tomarla en arrendamiento.

Conde.—¿Bartolomé Garrido?

Don Onofre.—Es muy buen muchacho, y me atrevo á recomendárselo á usía.

Paulina (haciendo una reverencia).—Sí, sí; es muy buen muchacho, y me atrevo á recomendárselo á usía.

Conde.—Muy bien; supuesto que tú te interesas por él... nos compondremos.

Bartolo.—(Mia será la hacienda.)

Conde.—Pero ante todas cosas, señor mayordomo, quisiera enviar ahora mismo una esquelita al escribano de la aldea.

Don Onofre (aparte á Bartolo).—(Para que estienda la eseritura de arrendamiento.) En ese pabellon hay escribano.

Conde.—Muy bien; entremos. (Entra en el pabellon con don Onofre.)

Bartolo (mirando á Paulina).—(Yo estoy pasmado. ¿Qué influjo tiene Paulina sobre él?... ¿Cómo la miraba!)

—Paulina, ¿qué te decía ese señor cuando yo llegué?

Paulina.—¿Quién?

Bartolo.—El señor conde del Mazano.

Paulina.—Ah!.... Me estaba cortejando.

Bartolo.—Bah! bah! ¿Cortejándote á tí?

Paulina.—Muchito. (Me decía que soy bonita, que le gusto mucho....)

Bartolo.—Ah! ah! ah! ¿Y tú lo crees? Qué boba eres! Un señor como él....

Paulina.—Es que... los señores suelen ver lo que no ven los palurdos.

Bartolo.—¡Pues! ellos que tienen así, así, las bellas damas.

Paulina.—¿Y qué importa?

Bartolo.—Ya; pero nunca se me hubiera pasado á mí por la imaginacion que pudiera hacer caso de tí.... ¡Qué mal gusto tiene su señoría!

Paulina.—(¿Qué descortés y qué animal!)

Bartolo.—¡Ah! ya se me olvidaba; he tomado tu consejo: me caso.

Paulina (sobresaltada).—¿Con quién?

Bartolo.—Con Antonia.

Paulina.—(¡Dios mio!) ¿Con que ya te has decidido?

Bartolo.—Sí; me encontré poco hace con la tia Rita, la madre de Antonia, y me dijo que muchos pretendientes tenían ideas sobre su hija. Esto ha sido un rayo de luz para mí, porque en viendo yo que alguno tiene una idea, al instante digo: ahí está mi asunto.

Paulina.—¿Y te has declarado?

Bartolo.—Al momento. La tia Rita me ha dicho que su hija será mi mujer así que me haga el conde arrendatario de su hacienda.

Paulina.—¡Oh cielo!

Bartolo.—¡Eh! ¿qué tienes, Paulina?

Paulina.—Nada, Dios te haga feliz.

Bartolo.—Ya vuelve el conde.

Paulina. — (¡Se casa con otra!) (Salen del pabellon hablando el conde y don Onofre.)

Don Onofre. — ¡Y usía culpa los caprichos de mi señorita! Pues ya veo yo que no le va en zaga. ¡Dar treinta mil reales de dote á esa muchacha!

Conde. — ¡Chist!.... calle usted. ¡Andrés?

Don Onofre. — No le faltarán partidas.

Conde. — Eso es lo que yo quiero. (sale Andrés) Toma, Andrés; corre á entregaf este billete al escribano.

Andrés. — Está muy bien: (Coge el billete y se va)

Conde. — Venga usted y hablaremos, señor Bartolo.

Paulina (aparte al conde). — ¡Cómo! ¿tan pronto me deja usía, siendo mi amante?

Conde. — Por un momento.

Paulina. — Oiga usía.... No tenemos mas que dos horas para enamorarnos, y á pocas escapatorias....

Conde. — Vuelvo pronto.

Paulina. — Antes quiero decir á usía una palabra.

Conde. — Bien: estoy á tus órdenes.

Bartolo. — (Pues es que lo lleva como un zarandillo.)

Conde. — Vamos, ¿qué quieres?

Paulina. — Quiero.... (á Bartolo y á don Onofre, que se habian acercado.) Déjenos ustedes: (Se retiran ésta hacia el pabellon, y hablan en voz baja.)

Conde. — Vaya, di.

Paulina. — Usía es mi amante, ¿no es verdad?

Conde. — Sí, querida.

Paulina. — ¿Los amantes.... deben obedecer?....

Conde. — Ciegamente.

Paulina. — Pues.... esa hacienda que ha peido á usía Bartolo en arrendamiento.... es menester que....

Conde. — No tengas cuidado: suya sera.

Paulina. — Al contrario; es menester que usía se la niegue

Conde. — ¡Cómo!

Paulina. — Sí, yo lo quiero.

Conde. — Eso es otra cosa. (Mirando á Bartolo, que le saluda con muestras de agradecimiento.) ¡Pobre muchachol yo creia que era él... Vamos, la guardaré para otro.

Paulina. — Eso, eso: para el otro.

Conde. — Pero con una condicion. A las doce en punto me has de esperar al estremo del bosquecillo, junto al arca del agua. (Quiero ser el primero en anunciarla lo que hago por ella)

Paulina. — ¡Junto al arca del agua! ¿y para qué?

Conde. — Tengo que hablarte.... Ya te puedes figurar.... en favor del otro.

Paulina. — ¡Ah!.... sí....

Conde. — Conque no se te olvide: á las doce.

Paulina. — Bien, no faltaré. (En alta voz, mirando á Bartolo.) Adios, señor conde: no me haga usía esperar.

Conde. — Venga usted, Bartolo. (Entra en el pabellon, Bartolo le sigue.)

Bartolo. — Voy, señor. — (Juraria que me va gustando un poco esta muchacha.)

Paulina. — Si ahora se casa Antonia con él, no será á lo menos por la hacienda del Nogueron.

ESCENA X.

Don Onofre y Paulina.

Don Onofre. — (¡Se ha visto cosa como ella! Treinta mil reales de dote!.... Si yo los atrapara.... Soy algo ocacon.... pero mil y quinientos duros convienen á todas las edades. Ella no sabe nada.... y siendo yo el primer pretendiente.... ¡Qué diablo! nada se pierde por probar....) — ¡Paulina? (se acerca.)

Paulina.—¡Ah! el maldito mayordomo; me va á regañar como acostumbra.)

Don Onofre.—Paulinita, ya sabes que yo me intereso por tí. Te he visto nacer, y siempre te he querido mucho.

Paulina.—¡A mí? Mucho lo ha disimulado usted; siempre llamándome tonta, siempre gruñéndome.

Don Onofre.—De puro cariño. (tomando la mano á Paulina.) El que bien te quiera, te hará llorar, dice el proverbio. Ven, ven por aquí; no hay necesidad de que nos oigan desde ese pabellón. (La lleva al extremo opuesto y la habla al oído.)

Paulina.—¿De veras? ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿Se chancea usted? (Don Onofre sigue hablándola al oído con mucho calor.) ¿Qué oígo! ¿Usted casarse conmigo!

Don Onofre.—¡Muchacha, no te asustes!.... ni grites de ese modo.

Paulina.—¡Yo mayordoma! ¡yo que soy una pobre!....

Don Onofre.—Nunca es pobre una muchacha bonita. Yo no sé por qué no he reparado hasta ahora en esa linda cara; ¡cómo soy que eres una alhaja!

Paulina.—(Eh! ya ha caído otro de su asno.)

Don Onofre.—Con que....

Paulina.—Veremos: ni digo qué sí ni que no.

Don Onofre.—Eso es muy vago.

Paulina.—Es preciso ver antes si ese amor es verdadero....

Don Onofre (á sus pies).—¡Ah! te juro por mi honor....

Paulina.—Eso es muy vago.

Don Onofre.—¡Pisaruela!

Bartolo (saliendo del pabellón).—¡Oíga! ya tenemos otro moro en campaña.

Paulina (dando un grito).—¡Ah!

Don Onofre.—¡Remiego de tus tripas! (Vase corriendo.)

ESCENA XI.

Paulina y Bartolo.

Paulina.—¡Calla! ¡otra vez por aquí Bartolo!

Bartolo (de mal humor).—¡Toma! por alguna parte habia de pasar. No creía yo que estuvieses tan du'cemente ocupada.

Paulina.—Parece que no estás de muy buen humor, Bartolillo.

Bartolo.—No es sin motivo. Tantas desgracias á un tiempo.... El conde parece que no sabe hablar sino de tí.—“¿Qué linda es! ¡qué preciosa!”

Paulina.—¿Y eso te da pena?

Bartolo.—No.... pero no se trataba de eso, sino de que me diese la hacienda.... y me la ha negado.

Paulina.—Te la ha negado! (con tono de compasion.) Pobre mozo! (¡Ah, qué bueno es mi amante prestado!)

Bartolo.—Y cuando vengo á contarte mis cuitas.... me encuentro con ese elemento viejo, que te estaba haciendo arrumacos.

Paulina.—¡Conque no te quiere arrendar la hacienda! ¡Qué lástima! ¿Y por qué?

Bartolo.—¿Qué sé yo? No ha querido decirme los motivos.... ni yo le escuchaba, porque pensaba en otras ideas que me han ocurrido.... Escucha: ¿Qué te decia don Onofre?

Paulina.—Nada.... Me decia.... Dime, ¿ha prometido á otro la hacienda el señor conde?

Bartolo.—Creo que no, porque me dijo: “Veremos; eso depende....” Conque ¿qué te decia, qué te decia don Onofre?

Paulina.—Me estaba galanteando.

Bartolo.—¡Cómo! ¿también ese vejete galantea?

Paulina.—¡Vaya! ¡pues si quiere casarse conmigo!

Bartolo (como esforzándose).—¡Casarse contigo! Esa es grilla.

Paulina.—Lo que te digo. (Qué turbado está.)

Bartolo.—Ya..... pero tú no habrás querido escucharle.

Paulina.—Te engañas; las doncellas escuchan siempre.

Bartolo.—¡Eso es! y luego dirás que Simona á todos les hace cara: pues parece que tú no te desonidas.

Paulina.—¡Yo!

Bartolo.—¡Dos amantes en un momento!

Paulina.—¿Y de esto te maravillas? Habrá donde escoger.

Bartolo.—(¡Gran Dios!) ¡Qué talento tiene, y qué bonita es! (La mira embelesado.) ¡Sobre todo, de perfil... (No la habia yo visto todavía de perfil.)

Paulina.—(Ya está como una malva.)

Bartolo (al acercarse para hablarla, sale Andrés y se interpone).—¡Ah, ese es otro perfil!

ESCENA XII.

Paulina, Bartolo y Andrés.

Bartolo.—¿Qué traes tú?

Andrés.—Para tí nada: este paquete de cartas para Paulina.

Bartolo.—Bien; vete. (Vase Andrés.) ¡Cartas para tí! ¿Quién diablos?....

Paulina.—No sé; á mí nadie me escribe: toma, tú que sabes leer....

Bartolo.—Con mucho gusto. (Toma las cartas, abre una

y lee con torpeza.) Mi fuerte es la leyenda. "Mi amada Paulina...." ¡Qué mal escrito está esto!

Paulina.—No tal. "Mi amada Paulina...." Prosigue.

Bartolo.—"Me alegraré que estas cortas siestas te hallen con la cabal salud que yo para mí deseo. La mía es buena para lo que gustes mandar, que lo haré con mucho gusto. Esta se dirige á declararte que te adoro, aunque por respeto te lo he callado hasta hoy día de la fecha. Si tú quieres estoy pronto á probarte mi cariño cristianamente con mi persona y bienes. Con esto no te canso mas. Da memorias á tus amos, y á Jervasia la cocinera, y á Martin el lacayo, y á todos los que pregunten por mí, y manda á tu esposo y servidor que tus manos besa...." ¡El pedazo de bárbaro! ¿Quién le mandaba escribir estas tonterías? Y abajo hay un corazón de tinta echado llamas de almazarron y atravesado con una flecha de azafrañ.

Paulina.—(Otro novio.) ¿Y quién firma?

Bartolo.—Aquí hay una cruz, y abajo dice de mano segura "Mateo Gavilan."

Paulina.—Ah, sí, el molinero: bello mozo.

Bartolo.—Quita allá; parece un fariseo.

Paulina.—¿Y las otras cartas?

Bartolo (recorriéndolas y leyendo las firmas).—Todas vienen á decir lo mismo.

Paulina.—¡Todos quieren casarse conmigo!

Bartolo.—Jeromo Castañe, Blás Terrones, Cristóbal Modrego, Cenuto Barragan.... ¡Virgen santa, qué recua de novios!

Paulina.—(¡Y él clavado! Preciso es que su corazón sea de cal y canto.)

Bartolo (suspirando).—Paulina!

Paulina.—(Vamos, de esta hecha se declara.—Suspirando.) Bartolo!

Bartolo.—¿A quién piensas escoger.... entre tantos pretendientes?

Paulina.—Qué sé yo.... Se pueden presentar otros....

Bartolo.—Tiene razon: y á poco que me descuide.... Hasta ahora á ninguno temo mas que al conde y al mayordomo. Seré el tercero: el número tres no es del todo malo. Si yo me atreviera.... Bien sabe Dios que quisiera atreverme.) Paulina....

Paulina.—¿Qué quieres?

Bartolo.—Pues, señor, yo.... (Y Antonia.... que le he dado palabra.... ¿Qué hago yo con dos mujeres? Preciso será....—Dan las doce.)

Paulina.—¡Ah! las doce, y me espera mi amante.

Bartolo.—Tú amante!

Paulina.—Sí, el conde: me ha dado una cita.

Bartolo.—¿Para qué?

Paulina.—No sé.

Bartolo.—¿Adónde?

Paulina.—Al extremo del bosquecillo.

Bartolo.—¿Y tú irás?

Paulina.—¿Pues no he de ir? Mi palabra es esgrada. (Mirando hácia adentro.) Ya me está esperando. (Echa á correr, Bartolo quiere detenerla.)

Bartolo.—Paulina! Paulina! yo tambien tenia que decirte.....

Paulina.—Mas tarde: ahora no puedo oírte. (Así aprenderá á resolverse.)

ESCENA XIII.

Bartolo, y luego Luisa.

Bartolo.—¡Paulina! Escucha.... ¿Pues va á la cita! ¿Quién se habia de figurar!.... ¡Canario! si los señores

den en pretender á las aldeanas, ¿qué queda para nosotros? (Mirando adentro con inquietud.) ¡Ah, ya están juntos! ¡Ah, ya están hablando! ¡Ah, ya le da el brazo! ¡Ah! Ya desaparecen por el bosque. ¡Si á lo menos fuese mi mujer, tendria yo derecho de irritarme, que siempre es consuelo; pero ahora! ¿qué arbitrio me queda? Cruzarme de brazos y estarme papando moscas. (Sale Luisa.)

Luisa.—¡Hola, Bartolo! ¿Qué haces aquí?

Bartolo.—Nada, señorita.

Luisa.—¿Has visto pasar al conde?

Bartolo.—Demasiado; por él estoy que me pueden ahogar con un cabello. [Mirando adentro.—¡Nada! ya no los veo.]

Luisa.—¿Qué dices?

Bartolo.—Querrá usía creer.... Escandalícese usía. Ha dado en la flor de festejar á Paulina.

Luisa.—Lo sé; es un pasatiempo.

Bartolo.—¿Pasatiempo? ¡Pues me gusta, como hay Dios! ¿Es pasatiempo abrazar á las mozas?

Luisa (turbada).—¿La ha abrazado?

Bartolo.—Como tres y dos son cinco. Y poco despues me dijo á mí verbalmente que era preciosa, hechicera.

Luisa.—¿Cómo? en tan poco tiempo....

Bartolo.—Qué! Ríase usía de eso: segun los veo yo, larga es la fecha de su amor.

Luisa.—¿Será posible?....

Bartolo.—Sí, señora, sí. Hará algun desatino por ella.

Luisa.—¿Qué me dices?.... ¿Cuando acabo de confesar á mi padre que es él á quien prefiero!

Bartolo.—¿Cuántas quiere ese señor? Ya ha de saber usía que á las doce estaban citados, y apenas ha dado la hora, Paulina ha echado á correr, dejándome con un palmo de narices, y al instante se ha encontrado con el conde, y ya se han ocultado en el bosquecillo.